LEON FELIPE, P
(Muerto hace diez años)

DESDE Tábara, de la provincia de Zamora, donde nació (1884) inmediatamente después que D'Ors y Ortega, distanciado veinte años de Unamuno, doce de Baroja, nueve de Antonio Machado, tres de Juan Ramón, León Felipe fue a morir en México, donde vivió mucho tiempo como "español del éxodo y del llanto", fraternalmente acogido. Su muerte, a los ochenta y cuatro años, sobrevino en septiembre de 1968: hace un par de lustros.

La poesía de León Felipe muestra algunas semejanzas con la del 98, a través de temas y actitudes que he procurado analizar alguna vez (*) —el sentido trágico de lo español, el antibelicismo, la huella cainita, el tema del Quijote, el "Cristo" de Velázquez, el hidalgo de El Greco (Unamuno, Machado, Azorín, Bartolomé Cossío...)— Frente a tales semejanzas, se diferencia esencialmente en la concepción de su propio ser, de su destino mismo de poeta. Es una poesía la suya permanentemente comprometida, nunca desvinculada del acontecer humano y social. Por eso increpó a los maestros del 98, a quienes, por otra parte, admiraba. Pero veía en aquellos autores poca fuerza moral en sus comportamientos, escasa rebeldía, nula capacidad de protesta. "Como hombres, se portaron mal", acusaba León Felipe. Y añadía, con impresionante honradez, con objetividad que dice mucho en favor de su insobornable juicio, que Maeztu —del que más apartado se sentía políticamente— fue el único noventaiochista de continente digno a la hora de su muerte, en la que se creció gallardo, sin miedo. "En ese sentido —afirmaba— yo le rehabilito." Claro que, tácitamente, León Felipe excluía de tan duros juicios a don Antonio Machado. Así debemos entenderlo, a la vista de sus declaraciones expresas: "Machado valía mucho más que yo", manifestó en varias ocasiones. Ambos habían sido compañeros en los días valencianos de la guerra, y ambos pusieron su pluma al servicio de la causa republicana.

Seguramente esta severidad moral en el enjuiciamiento de las figuras del 98 hay que ponerla del lado de su concepto del compromiso poético. León Felipe se pasó la vida clamando en sus poemas contra todas las injusticias. Las que se dan socialmente y las que van con la propia condición humana. El gritaba, gritaba por ver si Dios acababa por fulminarle o por destrozar el mundo que encontraba mal hecho. Todos los sucesos históricos de su tiempo conmocionaron su conciencia de poeta. Atribuye a la poesía, ante todo, un valor ético, muy por encima de los valores estéticos. De ahí esta declaración suya: "El hombre está mal hecho, y si la poesía no sirve para hacerlo mejor, que se vaya a mal sitio."

Hay, pues, un humanismo anarquizante en la poesía de León Felipe, elaborado a lo largo de su juventud bohemia de los primeros años del siglo. Bohemia fue también la publicación del libro primero. *Versos y creaciones de caminante* (1920). Wenceslao Roces lo ha contado, en forma de entrañable afecto hacia el poeta. Un tabernero de la antigua calle de Torrijos, Bernardino Higueras, prestó 300 pesetas que no recuperaría nunca sino con la satisfacción de mostrar el libro a sus parroquianos. Otras 200 se reunieron, a escote, entre los contertulios del Café Universal. Esta fue la peripecia editorial, pero ¿cuál fue la peripecia literaria de aquella aparición? En las palabras que el poeta pronunció en el Ateneo, al leer su libro, se sitúa abiertamente contra todo grupo o escuela, así como frente a toda forma expresiva impuesta "a priori". Semejante postura aislacionista, se mantendría siempre. En una conversación de los últimos años de su vida, declaraba que jamás estuvo sino solo, como poeta. "Aun cuando vivía mi mujer —continuaba— yo estaba solo; ella me ayudaba en lo exterior y superficial, pero en las cosas hondas y trascendentes, el poeta está siempre solo". ("Viven y mueren a solas los poetas", había escrito otro individualista rebelde: Luis Cernuda).

En efecto, es una declaración de individualidad, un reconocimiento del valor personal de la lírica. "El poeta ha de buscar siempre, decía, los ritmos específicos de su pueblo, que es lo genérico en él, y el signo particular suyo." Desde dos ángulos podemos contemplar esto. Uno, válido para toda la obra y para la actitud humana —que en este poeta van siempre unidas—. León Felipe será en todo momento individualista y rebelde, pero de ese signo particular suyo trasciende a lo general, y su voz asume una conciencia colectiva. El otro ángulo de visión es el circunstancial: los años en que él está hablando, la situación de la literatura de la época.

Cuando aparece **Versos y oraciones de caminante,** la España que había sido neutral en la contienda reciente ofrecía la prosperidad del agio y la miseria de los más humildes. La guerra de Marruecos iba a culminar en el desastre a Annual. Unamuno publicaba *El Cristo de Velázquez.* Valle-Inclán, *La reina castiza.* Ortega, *España invertebrada.* Entre la poesía joven se libraba una pugna: por un lado, los restos desmantelados del modernismo, batiéndose en retirada; por otro, las vanguardias del ultraísmo, cuyas levas alentó el paso por España del chileno Vicente Huidobro, más o menos en comunicación con el francés Reverdy. Con ninguno de los dos bandos podía ni quería estar León Felipe, un poeta peregrino y cordial. "Mi voz es opaca y sin brillo, y vale poco para reforzar un coro", declaraba, huyendo de las escuelas y de las retóricas. Años más adelante, lo confirmaba así: "Nadie diga esta fórmula es vieja y vernácula, o aquélla es nueva y extranjera, porque no ha habido nunca más que una fórmula para componer un poema: la fórmula de Prometeo". En la acepción de León Felipe, el poeta roba el fuego sagrado para entregárselo a los demás hombres.

(*) Puede verse mi trabajo: "Quid y quicio de la poesía de León Felipe", en el volumen **La poesía aprendida:** editorial Bello, Valencia, 1973.

León Felipe y Sarita Montiel

OETA REBELDE

Por Leopoldo DE LUIS

Así nació *Versos y oraciones de caminante*, producto de su encierro en Almonacid de Zorita. Y, nada más aparecer, el poeta vuelve a su peregrinaje, a su aventura sin descanso. El, que se llamaba Felipe Camino, deja de firmar con su apellido, y el camino que se evade de su nombre pasa a ser significado cierto y permanente de su obra. León Felipe no tiene ya que firmarse *camino*, porque es él mismo camino. Su poesía es itinerante y errabunda. Aquel mismo año, 1920, marcha a la isla de Elobey, en la desembocadura del Río Muni:

He dormido muchas noches en el Africa Central
en el golfo de Guinea, donde desemboca el Muni,
y he acordado el latido de mi sangre con el golpe
seco, tenaz y monótono
de prehistóricos tambores de unas tribus indomables.
He visto a un negro desnudo
recibir cientos de azotes con las correas de plomo.

Era, en efecto, León Felipe, ya en 1920, u poeta disconforme y original. Mas es indudable que ninguna poesía nace completamente exenta, y su primer libro, aunque sea de lejos, no deja de contactar con los movimientos anteriores y colaterales. La dejadez, la desgana que a veces acomete al poeta, yo la veo emparentada con el modernismo de Manuel Machado. También nos recuerda levemente al modernismo un poema como "Déjame que duerma", donde "la vieja de las blancas crenchas" o la "rubia y dulce Ofelia" tienen un aire villaespesiano. La misma reminiscencia creo ver en otro poema: "Vencidos", el cual pertenece a los primeros borradores del poeta. Por otra parte, tampoco faltan formas concomitantes de las ultraístas. La exaltación de la metáfora existe, aunque no se desvincule el poema de lo humano afectivo o emotivo. El mundo como un cántaro oscuro y la luna su boca estrecha; los guiños del faro presumido; la lupa de la luna; la saliva de las olas; las cenizas de nuestros pecados en los párpados de las estrellas, y otras muchas muestras, constituyen una imaginería evidentemente epocal. Por si fuera poco, descubrimos, si leemos atentamente el libro inicial de León Felipe, que tampoco se libra del clima juanramoniano, del Juan Ramón de *Pastorales*, por ejemplo, en el poema "Esta noche no hubo luna."

No tiene nada de particular, porque León Felipe admiraba a Juan Ramón, como prueba la anécdota de su primer libro —anterior a *Versos y oraciones...*—, cuyas cuartillas puso en manos del ya maestro, en busca de opinión y de apoyo. Con sólo tres años más, el andaluz era eso que se llama un consagrado, e impartía la gloria en el mundo literario de entonces. No fue generoso; le devolvió el original sin una palabra, sin un solo comentario. El traumatismo espiritual fue doloroso para el poeta novel. Bohemio y anárquico, salió abatido del mundo riguroso y ordenado, refinado y pulcro, exquisito y poetizado en que Juan Ramón vivía. No lo sé, pero no creo que volvieran a relacionarse mucho. Años más tarde, en 1953, Juan Ramón, remachando el clavo de su injusticia, le despacha en sus cursos de la Universidad de Puerto Rico diciendo: "León Felipe, el mejor de los de menos importancia."

Pero no fue de los menos importantes. Fue, por el contrario, personal, distinto. "Hay un verso que es mío / sólo mío / como es mía, sólo mía mi voz". Y añade: "Quiero ganar mi verso / este verso / y quiero que vaya quedo / como un dardo certero / al corazón del pueblo / de todos los pueblos". No quiere cantar (y lo dice como lamentándose, como si no pudiera y lo sintiese: es un recurso expresivo muy suyo) temas mostrencos, tópicos o convencionales; motivos ampulosos, rimbombancias históricas, fanfarrias. Quiere, simplemente, reflejar el ritmo de la vida que pasa a su lado. Su primer observatorio es la botica de Almonacid. Allí ve una niña que pasa por el cristal de la puerta y pega en el cristal su naricilla. Un día deja de pasar. Aquella niña, de súbito, se torna símbolo del discurrir vital y de su acabamiento:

¡Oh, esa niña! Hace un alto en mi ventana
siempre y se queda a los cristales pegada
como si fuera una estampa.
Qué gracia
tiene su cara
en el cristal aplastada
.....
¡Pobre niña! Ya no pasa
por esta calle tan ancha
caminando hacia
la escuela de mala gana
ni se para
en mi ventana
que un día se puso mala
y otro día doblaron por ella las campanas.

A otro niño volverá a contemplar más tarde el poeta. Un niño, quietecito y triste, esperando a ser quemado en un campo de concentración nazi. Ese pequeño judío es como Cristo niño, esperando ser crucificado. Ese niño es el hombre crucificado siempre:

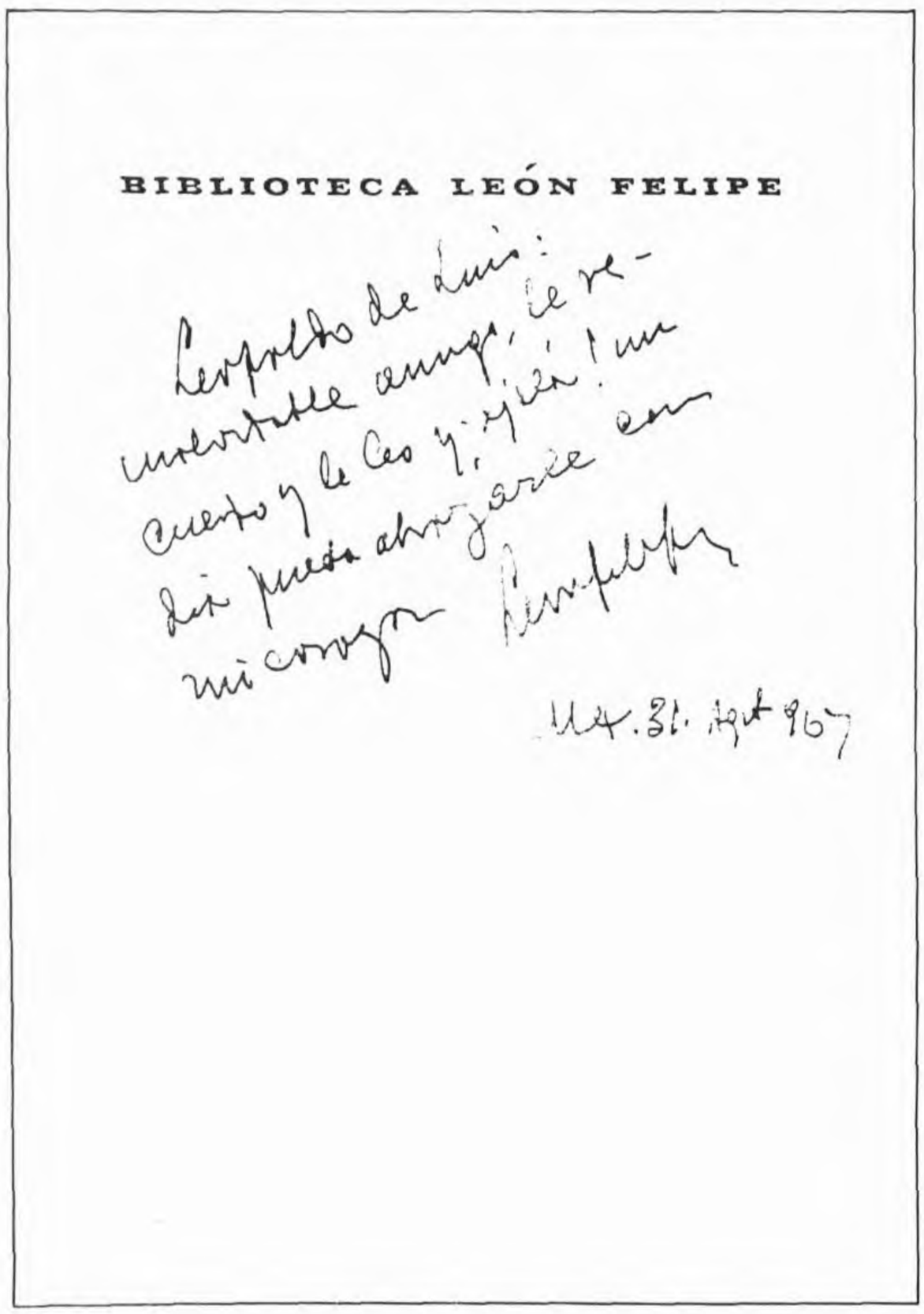
Lo vi muy bien,
aquel niño judío
que estaba esperando
a que abriesen
los hornos crematorios de Auschwitz...
Lo vi muy bien,
llevaba una túnica ligera
ceñida con un cordón de esparto.

Un tercer poema podemos enlazar aquí, en parecida visión de un niño. Se titula "Hospiciano":

¡Pobre hombre!
¡Pobre niño!
Le han dejado abandonado en este mundo...
en este hospicio,
en este oscuro hospicio,
en el torno loco de este oscuro hospicio
dando vueltas y vueltas locamente
como el globo terráqueo.
La hermana tornera
se ha dormido...
el torno gira y gira sin pararse
y el niño llora y llora sin cesar...
Hombre, hospiciano...
¿Quién te ha traído aquí?
¿Cómo se llama tu padre?

Estos tres poemas son todo un planteamiento de la poesía de León Felipe: *a)* La niña de Zorita es la vida y la muerte; *b)* el niño de Auschwitz es el hombre crucificado por el hombre; *c)* el hombre es como un niño abandonado en el hospicio del mundo.

Si esta pequeña trilogía es clave —según creo— del mundo poético de León Felipe, no lo son menos poemas tales los titulados "Romero solo" o "Como tú", que simbolizan el ansia caminante. Esa ansia caminante tal vez no sea mera sed de aventura o novedad, sino destino y precisión de ir buscándose a sí mismo. Transhumancia que culminará en la *España peregrina,* en el *Español del éxodo,* a causa del forzado exilio tras la guerra civil. Las piedras cantadas en el primer libro —él nos lo dice— son piedras que no sirvieron para hacer palacios ni audiencias ni iglesias. Piedras sencillas de camino, cantos rodados. Cuarenta años después, canta igualmente guijarros que dice haber ido cogiendo por el mundo, volcánicos o diluviales, removidos por los bombardeos o caídos de los monumentos. Piedras molineras de sacrificio. El romero que quiere pasar ligeramente por el mundo es el hombre movible de la luz, el español del éxodo al que el poeta le dice que no se siente tan pronto, el hombre errante que va sin papeles en los bolsillos. León Felipe se convierte así en un poeta augur, un poeta de predestinación. Su destino era cantar todo el dolor del peregrinaje humano, concretado en la tragedia española de su tiempo, y de esa realidad, precisamente por lo que tiene de poeta prometeico, de poeta que clama con voz profética las amenazas que se ciernen sobre la humanidad, extrae, o extraemos, la catarsis.



Porque proyectada a nuestra posición histórica, el valor trascendental de la poesía de León Felipe consiste precisamente en ese canto de catástrofe. La catástrofe no es sino el desenlace de una tragedia, es la purificación por el dolor, por el espanto, por la piedad. Esa purificación, a la vuelta de esta poesía, es la superación del odio y el deseo de fraternidad. Es, en definitiva, una esperanza en el hombre. Ese es el mensaje del poeta, que habló, que quiso hablar, que nos habla conmovedoramente. En su gran poema *La insignia,* alocución poemática escrita en plena guerra civil, leemos:

¿Habéis hablado ya todos?
¿Habéis hablado ya todos los españoles?
Ha hablado el gran responsable revolucionario,
y los pequeños responsables;
ha hablado el alto comisario,
y los comisarios subalternos;
han hablado los partidos políticos,
han hablado los gremios,
los Comités,
y los Sindicatos;
han hablado los obreros y los campesinos;
han hablado menestrales:
ha hablado el peluquero,
el mozo del café
y el limpiabotas.
Y han hablado los eternos demagogos también.
Han hablado todos.
Creo que han hablado todos.
¿Falta alguno?
¿Hay algún español que no haya pronunciado su palabra?
¿Nadie responde?... (Silencio)
Entonces falto yo sólo.
Porque el poeta no ha hablado todavía.

Creo que han vuelto a cobrar actualidad estos versos de León Felipe, o acaso no la perdieron nunca. La voz del poeta, ignorada o pisoteada, no suele escucharse, pero expresa, en el fondo, el alma de las gentes. Creo que en la poesía de León Felipe pueden encontrar los jóvenes, muchas cosas afines. La rebeldía de una juventud, en todas las partes del mundo, muestra hoy disconformidad con formas de vida que le han dado hechas las generaciones adultas. Un mundo deshumanizado y cruel, que desemboca en guerras terribles o asfixia con su fría mecanización. A los jóvenes rebeldes no les gusta, y su protesta adquiere formas violentas o pacíficas —revolución cultural o hippismo— pero en todo caso asombrosas para los rectores de la sociedad que creen poder imponer fórmulas perfectas. La poesía de León Felipe nace de una desazón semejante. En ella fermenta la animadversión por unas ideas vulgares, repetidas, acomodaticias, y late el ansia de comprensión y de fraternidad, el amor a la libertad plena, con una solidaridad tan pura que le lleva a repetir la frase senequista: "Busca un amigo para tener por quién sacrificarse, no para que se sacrifique por ti."

Un revolucionario muy exaltado por la juventud de todos los países: Ernesto Guevara, supo ver así de positiva la obra de nuestro León Felipe. El 21 de agosto de 1964, le dirigió esta carta: "Maestro: Hace varios años, al tomar el poder en Cuba la revolución, recibí su último libro. Nunca se lo agradecí expresamente, pero siempre lo tuve muy presente. Tal vez le interesa saber que uno de los dos o tres libros que tengo en mi cabecera es *El ciervo.* Con mi sincera admiración."

Dramáticamente humanizada, la poesía de León Felipe muestra una gran pasión y un gran dolor. También para él el hombre es la medida de todas las cosas. Su voz se hace voz común. "Yo no soy nadie", repetía. "Yo no tengo nada". "Yo no soy más que una voz que va por los caminos y se para en el viento, y unos ojos que contemplan el universo sin miedo." En su interpretación, el poeta no es sino la voz vernácula de un pueblo. La voz legítima de su historia. El grito de la tierra primera, que se levanta del barullo del mercado, sobre el vocerío de los traficantes.